

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.

Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER**
Sección vermouth.
- CLEMENTE DE CASTRO**
El adelanto.
- ENRIQUE MALBOYSSON**
Las manchas de tinta.
- N. RODRIGUEZ**
Sucedido...
- MINGO REVULGO**
Lechuga, 8.
- FELIX RECIO**
La materis.
- F. GONZALEZ RIGABERT**
Mis muñecas.
- J. P. FORNER**
... Y vamos tirando.
- FERNANDO AMADO**
¡No hagas bien!...
- JOSÉ MOREIRA**
Desilusión.
- TOVAR**
y **DEMETRIO**
- Varios dibujos y retrato de
Las Pilarcillas.

LAS PILARCILLAS

¡Dos tonterías de caras bonitas!



5 cénts.



*¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido.*

Esto que dijo el clásico (quien, como es natural, no era Marquina), es lo que exclamo yo todos los atardeceres tumbado panza al cielo extasiándome en la contemplación inefable de las mágicas puestas de sol de estas playas del Nordeste. La madre Naturaleza dotó á estas costas de bellezas incomparables. Todas las bailarinas y coupletistas, que modestamente se antonominan bellas, al lado de esta auténtica belleza no pasan de ser modestísimas vendedoras completamente mercuriales, por ser el símbolo del comercio que algunas ejercen.

Hácese aquí una vida totalmente vegetativa, aunque no vegetariana, pues la promiscuación es obligada. Si va uno por la

playa, no ve más que almejas, más ó menos abiertas; si por el muelle, tiene que tropezar su vista, quiera ó no, con maravillosas popas á las que de buena gana pondría la proa.

Eso sí, estoy hecho un lobo de mar y en la pesca del marisco he llegado á adquirir una práctica verdaderamente temible. No hay ostra que se me escape, hasta el punto de que llega momento en que me siento despreciativo, y aunque las vea muy frescas y apetitosas, me contento con exclamar: ¡Anda la ostral y me quedo tan tranquilo.

Y cuando me canso del mar, cambio de paisaje y me largo á la aldea. Yo, la verdad, tenía cierto recelo á estas aldeas porque me habían dicho que no le dejaban á uno en paz, colocándole á todo pasto la gallegada en diferentes guisos, ora en clase de alborada de Veiga ó de la legítima Muñeira, pero he de hacer una rectificación total, declarando solemnemente que hasta ahora, ni una sola vez, me han tocado la gaita.

Por el contrario, estos simpáticos gallegos, son la galantería hecha carne y se desviven por atender al forastero haciéndole toda clase de demostraciones de hospitalidad y afecto.

Por cierto que voy á citarles á ustedes un caso curiosísimo del que por rara curiosidad he podido enterarme.

En una de estas mis correrías por las pintorescas costas de las bajas rías, llegué el otro día á un pueblo encantador, cuya por-



El.—Buena puntería, marquesa; lleva usted cobradas quince.

Ella.—Eso que del derecho veo poco.

El.—Entonces debe usted tener muy desarrollado el otro ojo.

Ella.—¡Pchs!... Lo bastante para que no se me escape una pieza por chica que sea.

blación en su casi totalidad se dedica á las faenas de la pesca.

Vagaba yo al azar, cuando tropecé con un local, medio casino y medio café y con ciertos resabios de taberna. Coléme en él en busca de un refrescante breva y aguardando estaba que me lo sirviese una rapaza abundosa de formas, que hacía las veces de camarero, cuando mis ojos hubieran de fijarse en un largo papel que á guisa de cartel ocupaba lugar preferente del establecimiento, en cuyo centro había un tablado de no muy desahogadas dimensiones.

Su lectura vino á indicarme que aquel café-casino pueblerino era el Trianon Palace de la marinera villa.

En letras que un dedo mojado en tinta, trazó con ortografía un tanto discutible, leíase el anuncio de una función habida días antes. En ella había tomado parte una artista de variedades, que sino es muy célebre, alterna con cierto nombre en los elencos de las Music-halls madrileños.

Y he aquí lo que decía aquel cartel interesantísimo, que de buena gana hubiese arrancado para llevármelo como curioso modelo de atracción para nuestros empresarios de este género artístico, ó lo que sea:

«Hoy, despedida de la más hermosa de todas las artistas del mundo, recientemente regresada de la Argentina México y Norte-América.»

Aquí y en titulares de enorme tamaño, aunque llenas de churrones de tinta, se citaba el nombre de la «estrella». He de hacerles á ustedes la confesión de que según mis noticias, la tal «eminencia» no ha pasado de Medina del Campo para abajo, y por consiguiente, lo de la excursión americana, se ha quedado en chaleco.

Pero sigamos con el cartel: «En obsequio á este respetable público, que tanto la ha distinguido en la anterior velada, en esta de su despedida se buscará dos veces «la pulga», una para los caballeros de la localidad, precios dobles, y otra más tarde para los marineros, costando esta vez las comunicaciones los precios corrientes.»

Como se ve el negocio está bien entendido. La primera pulga se la buscaba para los «caballeros» que pagan precios dobles y la otra «á precios corrientes» para los pobres, por aquello de que todos tienen derecho á la gracia divina, y este caso á la pulga de la cupletera.

Mas lo verdaderamente sugestivo, lo que constituía el clou del famoso cartelito, era

el final, que copio sin quitar punto ni coma. Es una nota, escrita en gallego, para mejor comprensión del público á quien va dirigida. Decía así:

«Nota. Pídese a os marineiros, que cando o artista bote fora a ropa, quédense en sus asientos e fagan o favor de non relinchar e facer outras cousas aínda mais porcas.»

Por lo visto en la anterior velada os ma-

ENTRE COCOTAS



—¡Pobre Luis, tener que sufrir una amputación tan dolorosa para un hombre!

—¡Esa ya me la tenía yo tragada!

—Y yo también, pero da lástima.

rineiros no pudieron contenerse y se lanzaron al relincho y al asalto cuando la «estrella botó fora a ropa».

Lo que intriga es saber lo que serán esas cosas *aínda mais porcas* que hicieron los apreciables *marineiros*.

Porque lo del relincho no es nuevo en los madriles, *boten*, ó no *boten fora* la ropa las buscadoras de pulgas.

De donde resulta que en los salones de Variedades, de la villa del oso y del madroño, casi todos los caballeros son *marineiros*.

Un pequeño REPORTER

Villagarcía, 20 Julio 1913.

El adelanto Los viernes le traen á la seductora Adelina la «mala sombra».

—Por mi gusto —dice— ese día lo pasaría siempre durmiendo.

¡Y tiene razón!

El viernes último la primera impresión que recibió estando todavía acostada, fué la de una factura de su modisto. ¡Ocho-cientas pesetas! Una friolera para la mujer que, como Adelina, no supo jamás lo que son ahorros.

—¿De dónde sacar una suma tan grave? murmuró.

En su marqués, que había perdido la víspera en el juego hasta los forros del chaleco, era tonto pensar.

¿Entonces?... De pronto la joven recordó el sentimiento fofo y paternal de su viejo amigo don Alberto X, gran persona y mayor contribuyente, cuya cartera parecía, aun en aquellos momentos que él calificaba de «difíciles», una sucursal del Crédito Lionés.

Adelina sonrió, y llamando á su doncella, ordenó que la preparasen el baño. No bien salió del agua comenzó á vestirse su mejor ropa interior: su corsé blanco, sus medias blancas... sin olvidar tampoco aquella camisa verde con encajes que tanto exaltaba á don Alberto...

A las dos en punto de la tarde, Adelina llamaba á la puerta de su bondadoso amigo. X, que era hombre educado y extraordinariamente sensible á las seducciones del bello sexo, la recibió muy bien.

—¿Qué se trae por aquí? —preguntó.

Ella repuso:

—Mira, ¡qué sé yo! No lo sé. Tengo poco dinero y muchísimos deseos de comerte á besos.

X quiso protestar. La joven continuó:

—¿Ibas á marcharte?

—Iba al Círculo.

—¡Bah! ¿Qué importa? Ya irás más tarde.

—Es que me esperan...

—Pues que te esperen sentados.

Le echó los brazos al cuello y don Alberto se quedó, resignado y gozoso. Adelina salió de allí con un billete de quinientas pesetas. No pudo obtener más de la munificencia de su amigo. X, según parece, atravesaba un momento «difícil».

Al llegar á la esquina, la *deliciosa* pensó:

—¿Dónde iré?

Eran las cuatro. A esa hora los hombres de «cierta edad», que son galanes para vistos «entre dos luces», todavía están en sus casas acabando de rizarse el bigote y de teñirse los cabellos. Adelina inspeccionó su memoria: don José, don Ramiro, don



—¡Ay, si yo me encontrase de repente entre los brazos de este hombre! ¡Jesús qué horror!

Juan, don Tiburcio, don Pedro... Su atención reconcentróse en este último nombre.

—¡Eso es! —dijo alegremente—; Pedro...

Fué á verle, y don Pedro, que estaba bajo la halagüeña emoción de un buen negocio, quiso llevarla á la Bombilla. La joven supo rehuir la invitación.

—Imposible —dijo—, ya sabes que no soy libre; mi marquesito me espera para cenar.

Y agregó perversa, mirando al suelo, como ruborizándose:

—El caso es... que yo deseaba que tú me vieses unos pantaloncitos lindísimos que me puse para venir á verte...

Dos horas después, Adelina deslizaba en su cartera un billetito de dos mil reales.

A las siete y media la joven llegaba en coche á casa de su modisto: fiada en su mucha belleza, iba resuelta á pagarle... sin pagarle: usted, lector discreto, comprende rá...

Aquella entrevista fué larga; no se habló de la factura; la joven, estimándose victoriosa, regresó á su casa rendida y feliz.

¡Pero con ciertos comerciantes no se puede!

Al día siguiente, Adelina volvió á recibir la aborrecible factura de su modisto.

Decía así:

«Doña Adelina R debe por... (aquí el número y nombre de las prendas compradas): ochocientas pesetas.

Recibidas á cuenta: veinticinco.»

Clemente de CASTRO

Leed en EL LIBRO POPULAR
EN MEMORIA DE VÍCTOR BRUZÓN
novela completa por
ALBERTO INSÚA

20 céntimos

Las manchas de tinta

Porque don Lucas Cormedín padecía cimerosis y «ostentara» un ojo cerrado de resultas de una catarata, ¿era razón de que su costilla le engañara?...

Bien es verdad que don Lucas, además de estos defectillos, contaba ya en su cédula personal sesenta y cuatro Marzos;



El.—Pero mujer, ¿no te acuerdas que en esos días que tú sospechas de mis visitas á esa mujer te he dado innumerables pruebas de cariño?

Ella.—Sí, es verdad, pero yo sé muy bien lo que tú das de sí.

pero todavía estaba tiesecillo y cumplía á la perfección sus deberes conyugales.

Por eso decimos que no tenía razón para engañarle su costilla; y, sin embargo, ella era un falsa, ídem porque gustaba de solazarse con Toribio, un guapo chico, que si no precisamente le sacaba la lengua, se daba gran maestría en sacar otros «objetos» que sabían á gloria á Lolita, que así se llamaba la pérfida.

Aunque parezca paradójico, don Lucas era tonto, á pesar de ser dueño de una casa de préstamos. Era tonto, porque su dependiente Toribio y Lolita se la pegaban en sus propias narices y él no se daba cuenta de nada.

Todos sus empeños y anhelos consistían en que aumentaran los «empeños»; pero se

empeñó un día la fatalidad en hacerle sufrir y lo consiguió.

Don Lucas al entrar en casa había oído rumor de besos; pero no pudo percatarse bien de quiénes eran los que los daban, porque encontró á Toribio escribiendo en su pupitre y á Lolita sentada lejos de él entretenida en acariciar al gato.

Don Lucas nada dijo; quería creer que su mujer había besado al felino, y sin embargo, no pudo. Comenzaba á aguijonearle la duda.

Desde aquel día ya no fué feliz don Lu-



El parroquiano.—Oiga usted, ultramarinero ¿tiene usted huevos?

El tendero.—Eso se lo voy á demostrar á usted en la calle!

El parroquiano.—¡Ay, no por Dios, que en la calle regañan los guardias!

cas; á punto estuvo de despedir á su dependiente; pero pensó que aquello era dar un mal paso, siendo así que nada sabía con certeza. Además, si el chico era inocente, ¡qué remordimiento tan grande tendría! Y no cesó el pobre de recurrir á todos los medios para sorprender *in fraganti* á la adúltera.

¡Ay, de ella si la cogía en trance tall! Otelo sería un alpiste á su lado.

Lolita nada sabía de lo que tramaba su marido, aunque si notó que apenas probaba bocado y estaba melancólico como si algo extraordinario le preocupara. Preguntóle si se encontraba mal y don Lucas contestaba con evasivas.

Por fin, tras grandes cavilaciones, un rayo de luz irradió su cerebro; estaba ya en la pista: acaba de encontrar un detalle

que juzgaba de grandísima importancia. Había sorprendido en un brazo de su mujer unas manchitas sospechosas azules; al principio parecieron moradas, y una vez que se hubo fijado bien, observó que eran de tinta azul, como la que Toribio empleaba para anotar las entradas y salidas.

—¡Ah, infames! —se dijo con rabia—. Yo os pillaré; juro que me la pagaréis.

Don Lucas no dijo nada y siguió sus indagaciones.

Pretestó un día que se marchaba á cazar con unos amigos, y apenas habían transcurrido dos horas de su salida, volvió á casa.

Toribio no estaba en su pupitre. Subió á su habitación y lo encontró con su mujer. Respiraba.

Apuntóles con la escopeta y un ¡ay! desgarrador le hizo desviar la puntería.

—¡Perdón, perdón! ¡Lucas mío, ha sido un desliz!

—No; os mato, carnallas, os mato.

Ante las súplicas y lágrimas de su mujer desistió de su propósito, pero dirigiéndose á Toribio le dijo con furia:

—¡Bribón, indecente! ¿Es que yo la tinta la compro para que tú te la lleves con los dedos

y manches á ésta? No te mato porque me das lástima; pero á ver si en lo sucesivo te lavas, al menos, las manos. ¡So guarrol!

Y con este exabrupto quedó vengado don Lucas Corundín.

Enrique MALBOYSSON

SUCEDIDO...

Marcos seis años sirvió siempre en clase de soldado, y á su tiempo, licenciado, con Isabel se casó.

Pero notando Isabel que aún era soldado raso, al cabo de un mes escaso le ascendió hasta coronel.

N. RODRÍGUEZ

Lechuga, 8 Desde que los saladisimos hermanos Alvarez Quintero estrenaron *El genero infimo* y crearon aquel personaje que contestaba con el estribillo de «Lechuga, 8» á cuantos la preguntaban algo relacionado con una mujer bonita, el tal remoque tomó estado parlamentario, y, así como la música popular pasa en segui-

EN EL HOTEL



El.—¡Chica, qué dura está la cama!
Ella.—¡Peor para mí!

da á los organillos, la frase de los saineteros pasó inmediatamente á los chulones labios de los que tocan los organillos.

Y después... ¡como si repartieran prospectos! La frase corrió de boca en boca, saltó del arroyo al taller, del taller al hogar —pasando, ¡naturalmente!, por la portería— y aún es posible que algún miembro más ó menos averiado de la Española adopte el modismo y nos lo coloque en el Diccionario en esta ó parecida forma:

«**LECHUGA, 8.**—Locución que se emplea vulgarmente para dar idea de la profesión (vamos al decir) de esas mujeres que salen á la calle entre dos luces, con un paquetero al brazo, muy bien peinadas, muy bien

calzadas y exhalando un penetrante olor á pachuli».

Bueno, pues, decía —y perdona, lector, la digresión— que desde que comenzó á circular la tal frasecita, ha ocasionado un sin fin de disgustos, planchas y sinsabores en este mundo pícaro y sicaléptico.

La última plancha —es, decir no sé si será la última, pues el hecho ocurrió hace varios días—, estuvo á cargo de un respetable síndico de Colmenar de Oreja; el bueno del hombre, á pesar de ser síndico, y no obstante, ser de Colmenar de Oreja, pueblecillo cercano á Madrid, había venido á la Corte dos ó tres veces en toda su vida.

Pero él oía á los que hacen frecuentes viajes, chicos pillines y calaveras en general, que vienen á Madrid á echar una canita al aire y que, á su vuelta al pueblo, son portadores del timo de moda y de una cajetilla de noventa céntimos, cosas ambas con que etapan á sus paisanos.

El señor Esteban —que así se llama el



La trote-calles.—La verdá es que bien mirao, tú y yo venimos á hacer la misma vida...

El sereno.—Esu, nus pasamos toda la noche abriendu y cerrandú huecus.

FRUTAS DE MI TIERRA



Fresa temprana.

síndico de referencia— acostumbra á someter á un detenido interrogatorio á todos cuantos vienen á Madrid, enterándose así de las cosas que corren por la Villa y Corte.

—Oye —preguntaba hace días el señor Esteban á un recién llegado— ¿has visto por Madrid á la *Fulana*, aquella tiple que vino para el Cristo, y que no pudo hacer *Las bribonas* por que la emborrachamos en la bodega de mi casa?

—Ya lo creo —contesta el interpelado, que no ha visto á la tiple, pero que se las da de pillín y guña un ojo como diciendo: «He hecho algo más que verla».

—¿Y qué es de ella? ¿Qué se hace? ¿Dónde está?

—¿Quién, esa?... ¡Lechuga, 8! —contesta exagerando más el guño.

El síndico se queda un poco suspenso, con la boca abierta, durante un momento. Pero luego se encoge de hombros, como el que no ha comprendido, y vuelve á preguntar:

—¿Y á la *Mengana*, la has visto; aquella echadora que tuvimos en el Casino por las fiestas?

—¿Cuál? ¿Aquella rubia?

—Sí, hombre, sí; áquella muchacha tan

trabajadora y tan buena, que se pasó echando leche los tres días y las tres noches sin descansar.

—¡Ah!... Sí... Pues esa... ¡Lechuga, 8!

—¿También?

—Naturalmente.

—Bueno, de la *Zutana*, aquella viudita que puso un estanco en la Plaza y que se lo quitaron porque allí entraba mucho puro de contrabando, no te digo nada; á esa no la habrás visto.

—¿Cómo que no?... ¡Lechuga, 8!

El *mitito* llegó á interesar al bueno del síndico de tal modo que, en cuanto se retiró su interlocutor, nuestro hombre sacó la cartera y un lápiz y se apresuró á apuntar las señas al dorso de la cédula personal. Después echó á correr hacia su casa, entró, y le dijo á su mujer:

—Haz la maleta; pronto: me voy á Madrid.

—¿Cuándo? —preguntó la síndica un poco estupefacta.

—Esta misma tarde; pronto; la maleta.

—Bueno —dijo la síndica mientras sacaba de la cómoda unas camisas y las colocaba en el chisme de viaje—; ya que vas, mira si procuras ver á aquel comandante de Carabineros que es algo pariente mío, y que no abemos de él hace siete ú ocho años.

Y el síndico salió aquella misma tarde en el primer tren.

FRUITAS DE MI TIERRA



Peras de agua.

FRUTAS DE MI TIERRA



Sandías de Totana.

En cuanto llegó á la Corte, á las nueve de la noche, se embutió en un simón, con maleta y todo, y le dijo al cochero:

—¡Lechuga, 8!

El simón rodó por las calles madrileñas; al cabo de media hora larga se detuvo en una calleja estrecha y obscura.

—Ya hemos llegado, señorito.

El síndico puso un duro en la mano del auriga, y, sin esperar la vuelta, cogió la maleta y echó á andar escaleras arriba.

En un piso, en cualquiera, llamó. Se corrió una mirilla y la puerta se abrió á poco. Le recibió un hombre alto y nervudo, con largos bigotes, cañosos ya. Estaba en mangas de camisa, con un pantalón azul, con franja roja y un gorro de cuartel en la cabeza.

—¿Qué desea usted? —preguntó aquel hombre con voz de trueno.

—Pues verá usted; yo soy el señor Esteban, el síndico de Colmenar de Oreja; y venir á ver á la *Fuiana*, una tiple algo alegre que la emborrachamos allá por las fiestas del Cristo. Venía á correr con ella una juerguécita, ¿sabe usted?

No acabó de decirlo. El hombre de los bigotes canos se abalanzó al perchero, enarboló el bastón y lo descargó más de treinta veces sobre las costillas del síndico.

Este, dolorido y maltrecho, tomó el tren á la mañana siguiente y se fué rengueando á su casa.

Y cuando, ya en ella, su mujer le preguntaba qué había hecho en la Corte y le inquiría noticias de su pariente lejano, el comandante de Carabineros, el señor Esteban contestaba, poniéndose las manos sobre el magullado costillar:

—Sí, sí; no digas más... ¡¡Lechuga, 8!!

Mingo REVULGO

FRUTAS DE MI TIERRA



Una breva de Lorca, en su punto

La materia Mr. Anselmo J., es un excelente y riquísimo fabricante de gorras, lo que no le impide ser, además, un caballero pelinegro, barbirrubio, pequeñín, tripudo y metódico.

Tal es el defecto capital de Mr. Anselmo: el método. Pues, gracias á la regularidad cronométrica que rige su vida, y á la mate-

FRUTAS DE MI TIERRA



Un higo pajarero (fruta seca).

mática exactitud con que distribuye las horas del día, su esposa, la seductora Adeline, convencida de que su dueño no regresaba «jamés» á casa antes de las dos de la madrugada, le engaña con absoluta tranquilidad todos los días, hasta los dos menos un minuto...

Hace pocas noches, Anselmo J. estaba en el Casino jugando una partida de ajedrez; acababa de comerse una torre y demostraba buenísimo humor, su pipa humeaba como la chimenea de un tren, sus mejillas mofletudas, hinchadas de sangre, relucían; todos los circustantes admiraban sus donaires y mucho gocejo.

De pronto se le acercó un amigo, el amigo pálido, cejijunto, de los momentos fatales.

—Anselmo —exclamó el recién llegado, —necesito hablarte.

—¿En reserva?

—Sí.

—Espera un momento; tengo un caballo en peligro.

—¡Desdichado! Cuando sepas lo que has perdido, te faltarán cachaza para concluir la partida empeñada.

Intrigado por estas frases tenebrosas de melodrama, Mr. Anselmo se levantó al punto y siguió al delator.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Estás dispuesto á escuchar lo más espantoso, lo más definitivo, en materia de desventuras?

El pobre fabricante de gorras vaciló un instante, destosió y al cabo repuso con voz velada, trémula, como á la sordina:

—Sí; ya estoy preparado: habla.

—Pues bien; sábelo de una vez: tu mujer, tu Adeline, te engaña...

—¡Cómo! ¡Mi mu... mi Adeli... —baluceó J.

Abrió la boca, y su pipa humeante cayó

UNA PREGUNTA PELIGROSA Y UNA RESPUESTA DISCRETA



La nena.—Dime, mamita ¿qué es incestuoso?

La mamá.—Pues... eso es... incestuoso es el padre que se dedica á la fabricación de cestos en unión de una hija suya.

EN LA PLAYA



El marido.—¡Ay, que me come las piernas un tiburón!

Ella.—¡Atízal! ¡Demenio de Luis!... Y eso que le he dicho que antes de morder las palpe bien.

al suelo, haciéndose añicos. Después, enterado de que á la sazón, su rival estaría ofendiéndole en su propio lecho, corrió, sediento de venganza, hacia el mancillado hogar. ¿Qué sucedió entonces en el viejo y usado organismo de Mr. Anselmo? ¿Qué pudo conturbar de tan grave manera el ritmo fisiológico de sus entrañas? ¿Fue la emoción que le produjo su desdicha, ó fueron los resultados de una cena mal digerida?... Misterio. Lo cierto es que el pobre esposo se sintió presa, repentinamente, del deseo de satisfacer la más terrible, la más implacable, y al mismo tiempo, la menos graciosa de las necesidades físicas.

Cuando Mr. Anselmo llamó á la puerta de su casa, hubo la alarma consiguiente: la infiel se zambulló en el lecho improvisando una de esas actitudes candorosas que inspiran los sueños profundos, y el galán huyó por la escalerilla de servicio en calzoncillos y con la levita y los pantalones debajo del brazo. Cuando la criada abrió la puerta, Mr. Anselmo bramaba, aunque tengo para mí que no de celos precisamente, pues en vez de volar hacia su dormitorio, con ademán trágico, corrió á encerrarse en... un sitio que no falta en ninguna casa.

Por donde Mr. Anselmo dirá que, á ratos, para vengar los ultrajes del honor, como para conseguir, según el poeta, la paz del espíritu,

ó sobra la materia ó sobra el alma.

FÉLIX RECIO

Biarritz, 22 Julio 1913.

EL TONTO DEL PUEBLO



El tonto.—Eso que le das al chico de comer debe ser mu güeno.

La paleta.—¿Por qué te figuras que es güeno?

El tonto.—Polque lo chupa para que le dure más.

Mis muñecas

Un amigo viejo, que arrastra una vida vulgar rompiéndose los codos sobre el pupitre de una oficina, me pregunta:

—¿Usted no se casa?

Sonríe. No sé por qué, pero sonrió. Acaso me ha hecho gracia la interrogación del amigo y ese algo de interés puesto en sus palabras.

El insiste:

—¿Y por qué no se casa usted?

Está visto que ha llegado el momento de una confesión.

Ello tenía que ser alguna vez, pienso. Y rompo hablar.

—Verá usted —digo—: el matrimonio no tiene para mí los atractivos que ustedes algunos hombres le atribuyen. ¿Por qué? Quizá por lo que en él hallo de antiartístico... Si yo le dijera que no una, muchísimas veces al día pienso con dolor —no se extrañe—, con dolor, que suele asomar á mis labios en una risa, que usted encontrará estúpida, lo ridículas que resultan dos personas unidas por la bendición de un cura ó, cuando menos, por la firma de un juez...

—¡Es usted pintoresco! —dice mi amigo con una frase que, á buen seguro, no han

podido inspirarle ni el papel de minutas ni el balduque.

Y ríe ingenuamente, casi estúpidamente.

—Como usted quiera —sigo—. De cualquier modo, yo veo en el amor algo que no debe sujetarse á leyes. ¿Usted ama á una mujer? Amela en buen hora; más sin fórmulas, sin necesidad de testigos, en mayoría de casos pagados, y los cuales han de responder «en cómico» desde luego, de una palabra que ¡ojalá mañana no sea el tormento de usted, obligado á desempeñar el papel de «marido oficial»!

El hombre hase tornado serio, y aun le noto con ganas de despedirse sin tenderme la mano. ¿Lo siento? No. En su pecado de estupidez elevan estos hombres la penitencia del ridículo.

Continuó hablando:

—Marido oficial dije, y no he de arrepentirme. ¿Puede usted estar seguro de que «su mujer» le ama? ¿No tendrá para ella mayor atractivo que el amor del esposo, el sueldo que usted pone todos los meses á fecha fija en sus manos; ese puñado de pesetas que usted cobra por aburrirse cotidianamente entre el balduque y las minutas y los bostezos de los compañeros?... No se fie, no se fie por si acaso... El puchero, querido amigo, hace parecer



Mimi. — ¡Ay, que me la trago, que me la tragó Naná. — Pues á mí me resulta muy desagradable.

Mimi. — Hija, todo es hasta acostumbrarse.



—Oye, tú que tanto sabes: ¿qué es atacar por la retaguardia?

—Te diré, la retaguardia es lo de atrás.

—¿Lo de atrás? Pues en cuanto vea á tu hermana le voy á dar una bofetada.

cariño la indiferencia, si no el odio, y sumisión, la rebeldía... ¿No cree usted que si interrogásemos acerca de su fe á los sacerdotes de las varias religiones existentes, habrían de respondernos muchos de ellos con el estómago, y no con el corazón?

El mal humor de mi amigo sube de punto. Paréceme ya indignación.

—¡Usted no ama!—aulla más que dice—. ¡Es usted un descastado!

—¿Qué hacer, sino reír? Sé que mi risa ha de parecerle una burla. Tanto peor para él. Río, y sigo hablando:

—Yo amo á mis muñecas; las amo con un amor sin hipocresías, sin fanatismos, un amor todo amor, muy distanciado de la conveniencia y del interés. Y ellas me alegran y me hacen llevadera la vida. Mis muñecas son las mujeres de todo el mundo, las que á todo el mundo acogen con risas y cantares y alegrías. Va usted á objetarme, lo sé. Va usted á decirme que mi buen dinero me cuestan. Cierito. Pero usted es viejo, es usted experimentado, y sabe que la humanidad condenada está á

pagarlo todo en buena moneda, hasta las paletadas de tierra que han de cubrirnos para siempre... Ahora pregunto: ¿no puede pagarse con gusto todo menos la esclavitud?... Y el matrimonio, como ustedes lo entienden, es antes que nada esclavitud.

El amigo, no queriendo oír más, ha salido sin despedirse.

En la escalera habrá encontrado á una de mis adorables muñecas, que llega riendo á céntaros y diciéndome:

—¡Vamos á reír y á queremos un rato!

Federico González RIGABERT

...Y VAMOS TIRANDO

Ese bullicio que halaga
en tus ojuelos, chiquilla,
ante los extraños brilla,
ante tu esposo se apaga.

Si yo no padezco engaños,
chiquilla, en ese contraste,
bien se ve que te casaste
sólo para los extraños.

J. P. FORNER



La dama.—Señor judío ¿es verdad que tienen ustedes un Rabino?

El indio.—Un Gran Rabino, cristiana. ¿Quiere usted verle?

¡No hagas bien!...

El sin ventura don Olegario está casado con una mujer terriblemente celosa, más alta que él, más fuerte que él, con más arrostos que él y capaz, por consiguiente, de demolerle las mandíbulas á bofetadas.

Don Olegario sufre lo increíble; Dolores, su consorte, le acompaña á todas partes, y si no le acompaña, le sigue á distancia. Otras veces, cuando regresa al domicilio conyugal con los dedos mancha-

Esto explica cumplidamente la necesidad que el honrado esposo siente, de cuando en cuando, de aislarse del mundo, empujándose por los alrededores de Madrid dilatados y solitarios paseos.

Días atrás, don Olegario salió de su casa entre dos luces y echó por la calle Jacometrezo en dirección á la Red de San Luis. Su mujer, según costumbre, caminaba tras él, espiándole desde lejos. De pronto, el celoso corazón de Dolores sufrió palpitaciones terribles. Una mujer vestida de luto, alta y al parecer joven, elegante y

bonita, se había acercado á don Olegario. El encuentro ocurrió frente á la calle Mesonero Romanos; sin duda los miserables estaban citados allí.

Dolores, poniendo, á duras penas, serreta á su coraje y pensando ya en escándalos, divorcios y venganzas sangrientas, se propuso seguir á los adúlteros.

Don Olegario y su acompañante, tras algunos minutos de conversación, torcieron por el angosto callejoncillo de los Leones: ella accionaba, abriendo los brazos, como suplicando; él escuchaba, las manos metidas en los bolsillos del gabán, cual hombre bondadoso propen-

so á dejarse convencer. Después don Olegario penetró en una casa de la calle de Hortaleza, en cuyo piso principal había un prestamista; ella quedó abajo esperándolo. Luego don Olegario reapareció y ambos bajaron la calle de la Montera, cruzaron la Puerta del Sol y subieron la calle Carretas, dirigiéndose hacia los barrios bajos. Al cabo de mucho andar, Dolores se encontró en la calle del Calvario y frente á cierto zaguán obscuro por donde don Olegario y la aventurera habían desaparecido.

Y la esposa pensaba:

«Los hombres siempre hacen su gusto. Así, ¿qué adelanto yo obligando al mío á salir á la calle sin dinero?»

Al pronto, Dolores quiso penetrar en la



Una.—Chica, al alcalde de Madrid se le ofrece pa too el Bajá de Tetuán.

La otra.—¡Tomal ¿ahora te enteras? ¡Como que es especialista!

dos de tinta y el ánimo y los ojos cansados de emborronar papel, ella le interroga, acosándole hasta desmenuzar el empleo que dió á todos los momentos pasados lejos del hogar; le examina el lazo de la corbata, le olisquea el cuello y las orejas buscando rastros de un perfume extraño. Según dicen, Dolores ha exagerado sus celosas precauciones hasta el punto de co- ser secretamente con algunas puntadas el forro de la americana de don Olegario á la espalda del chaleco, para tener así la prueba irrecusable de si el esposo se había ó no desnudado fuera de su casa...

¡Pobre señor! Reconozcamos que, por muy dulces que sean los brazos enlazados á nuestro cuello, vivir así es peor que estar condenado á cadena perpetua.

EL SATIRO COMPASIVO



—¡Ay, qué rica, tan jovencita y ya puesta á oficio, cuando debía estar mamando!

casa, pedir el auxilio de la portera y sorprender al esposo en delito flagrante de infidelidad. Mas no lo hizo y su prudencia, derrotando á su cólera, la permitió esperar.

Eso, sí; luego... ¡fué Troya!... Al salir don Olegario, Dolores le acometió, molándole á bofetadas y á coces.

El esposo repetía:

—¡Soy inocente... óyeme... soy inocentel...

El pobrete no mentía: aquella mujer le abordó pidiéndole dinero para pagar una receta; su hijo estaba enfermo; era necesario salvarle. Don Olegario se conmovió y, como no llevaba dinero, fué á empeñar su reloj; después, temiendo ser estafado, quiso acompañar á la madre hasta su casa y convencerse por sí mismo de la verdad: esto era todo.

No obstante, don Olegario salió de las uñas de su esposa tan mal parado, que daba compasión.

Conque, lector: echa tus barbas en remojo y, antes de hacer un bien, mírate mucho.

Fernando AMADO

Desilusión Las siete y cinco minutos de un domingo. Cuando digo las siete, no quiero decir las otras siete, en cuyo caso diría las diez y nueve.

Llego á la estación del Norte. ¡Oh, júbilo! ¡Aún no ha salido el tren botijo para El Escorial, pero está repleto de viajeros!

Sobre la vía hay dos vagones sin enganchar, y como aún queda gente tomando billetes, es seguro que engancharán estos coches. Subo á uno de ellos y me acomodo junto á la ventanilla. Los que entran después que yo en el andén, siguen mi ejemplo; y cuando los mozos de la estación enganchan los coches, los viajeros somos ya extracto de carne, de puro apretados.

En frente de mí, una muchacha morena, pálida, ojinegra, pelinegra, chatilla... Para un tren botijo, no está mal.

Y según me mira, y según son de torneados los brazos y según son de finas las

HACIENDO MEMORIA



—¿Dónde he visto una cosa que se le parece mucho á esto? Me parece que ha sido en un espejo.

cejas y de blancos los dientes, estaría bien hasta en un *sleping-kar*.

La miro descarado, agresivo, cínicamente, y ella me mira como diciendo: —¡Según!

—¡Hum!— digo yo para mis adentros—; estas campesinas no son de fiar. A lo mejor sacuden un par de coces. Vayamos con cuidado.

Y adelanté con tiento el pie derecho.

Y tropecé y lo levanté y lo pasé.

—¡Viva mi suertel— grité para adentro—; esta chiquilla puede dar lecciones de disimulo al más pintado.

El primer movimiento creí que lo había sorprendido la madre de la chica, que iba sentada junto á ella; pero la impasibilidad del semblante de la niña tranquilizó á la vieja por completo.

Y adelanté sin tiento el pie izquierdo y lo mandé á colaborar con el derecho.

Mis ojos debían despedir triquitraques,

y los de la muchacha, fijos en los míos, no pestañeaban siquiera; se limitaban á acusar recibo de la pólvora que yo quemaba por la vista.

Apreté.

Apreté más. La campesinita muda y disimulada como una esfinge de Pozuelo.

Ceñí con mis pies el tobillo... Como si tal cosa.

Elevé un poco mis osados guantes, y sólo entonces fué cuando, sin aspereza en el tono de la voz, me dijo ¡la madre!

—Señorito; me va usted pisando.

Me morí.

José MORBIRA

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciadas en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Está á la venta por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =